



ARTE

Escrito sobre el mármol

Josep Casamartina i Parassols

El mármol y el bronce han sido los materiales nobles por excelencia de la escultura, desde la antigüedad hasta las primeras vanguardias, cuando la tradición clásica comenzó a quedar desbancada, del mismo modo que quedaba el concepto tradicional de representación de los objetos, la gente y el mundo. El hierro, el cartón e incluso el plástico fueron tomando relevancia frente a la materia considerada, hasta entonces, definitiva. En el arte contemporáneo, esta piedra cristalizada y pulida ya ha quedado como una rareza cuando no es utilizada por los detractores recalcitrantes de la modernidad. El mármol, asimismo, es el elemento casi invariable de las convencionales y aburridas placas conmemorativas, a la vez que está asociado a la muerte e invade la mayoría de cementerios. Y hasta hace cuatro días, el mármol aún era el elemento imprescindible de una cocina, normal o selecta, o de una sala de baño con afares de elegancia, además de ser el revestimiento de sus entidades bancarias y de instituciones públicas, signo imponente de perdurabilidad y poder.

Pero a pesar de que tenga que interpretar todos los papeles del aca, el mármol es una piedra que viene de las montañas, y éstas se deshacen por culpa de la mano y las ambiciones del hombre. Es lo que nos recuerda Elena Kervinen (Iisalmi, Finlandia, 1970), que, a pequeña escala, retorna de manera simbólica el material a su origen. La artista finlandesa hace muchos años que vive en Catalunya y tuvo galería propia en la calle Consell de Cent, desde donde dio a conocer otros artistas de su país a la vez que era plataforma alternativa para autores catalanes como Eugenia Balcells. Ahora, Kervinen expone sus montañas grisáceas y blancas, rodeadas de neblina y coronadas de aura mística, dibujadas por igual

con miles de rayas imperceptibles en papeles de gran formato o en pequeñas baldosas de mármol, en El Quadern Robot, galería que ha heredado la línea más sutil y discreta de la Joan Prats de la calle de Balmes. Son obras que, por una parte, se sitúan en la tradición romántica de los grandes paisajistas del XIX, los europeos William Turner o Caspar David Friedrich a los estadounidenses Thomas Cole o Frederic Edwin Church, y por otro, con su caligrafía repetitiva, concentrada y silenciosa, se quieren inscribir en la tradición del paisaje chino. Introversión y panteísmo a partes iguales, con un resultado que a menudo alcanza

El noble material y su imitación centran dos exposiciones inusuales

la belleza, un objetivo poco frecuente en el arte contemporáneo, tal como manifiesta la propia artista. Entre las montañas ideales y arquetípicas de Kervinen, símbolo del Cosmos, también aparece Montserrat. Un Montserrat difuso, mágico y desierto, lejos del desastre arquitectónico del monasterio y la devoción turística de masas que genera.

Montserrat también ha sido uno de los temas más constantes y celebrados del escultor Lluís Hortalà (Olot, 1959). Una montaña igualmente despojada de simbología nacionalista y religiosa, que el artista muestra en su vertiente más angosto y árido, el de las agujas, no en vano la escalada es una de sus ocupaciones. Pero si en Kervinen no hay lugar para el sentido del humor, pasa justo al contrario con Hortalà: la ironía planea a lo grande. Las postales ampliadas de Montserrat de

aparición hiperrealista, vistas de cerca, son hechas de garabatos que deshacen de inmediato el impactante efecto ilusorio. Aparte de las habituales vistas monteserratinas, que ahora están en la trastienda, Hortalà muestra una nueva dirección en la Galería Rocío Santa Cruz, manteniéndose pero en el juego de la imitación, y se sumerge en los mármoles brillantes de Versalles. *Il y a du monde aujourd'hui à Versailles* es un delirio del cartón piedra. Nada es lo que aparenta ser. El escultor recrea la tradición de la imitación, que a veces es más interesante que la realidad, y la calidez del *faux marbre*, que ya en época romana hacía las delicias de los mejores frescos hasta alcanzar los deliciosos interiores provincianos del XIX, pasando por las cabeceras de las camas de Olot, no en vano él es de la Garrotxa. Las intrigantes y efectivas rivalidades cortesanas entre la peinadora, hija de una modista y de un monje parisinos, que llegaría a ser la amante de Luis XV, y la princesa austriaca, amiga de Mozart, que acabaría siendo la mujer de Luis XVI, dan pie a ostentosas chimeneas sin relieve, pilas de losetas amontonadas por tierra, libros y catálogos de mármol, y guiños al minimalismo histórico más serio. Todo se ha convertido en una parodia que juega maliciosamente con la atracción estética que provoca, más allá de cualquier significado, que también lo tiene; faltaría más!

EL TEIXIT SECRET

Elena Kervinen. El Quadern Robot Còrsega, 267. Barcelona
Hasta el 14 de mayo

IL Y A BIEN DU MONDE AUJOURD'HUI À VERSAILLES

Lluís Hortalà
Rocío Santa Cruz
Gran Vía, 627. Barcelona
Hasta el 21 de mayo